

La publicación de sus Memorias por el general Pinochet parece —y no podría ser de otro modo— discrepancias y animosidades entre los chilenos. Desafortunadamente, por falta de una documentación ordenada y completa, procuré extraer de ellas algunas deducciones positivas, que sirven para echar las bases de una verdad objetiva, muy merecida por un país golpeado tan duramente a lo largo de los últimos años.

Lo primero que llama la atención es que se propone el derrocamiento del Presidente Allende como un fenómeno puramente interno chileno. La tesis sostenida supone que el régimen de la Unidad Popular estaba arrastrando con todas las formas tradicionales de organización jurídica y había conducido a un completo caos a la vida nacional, razón por la cual se justificaba una repulsa de todos los chilenos. En el momento álgido de este proceso destructor, las Fuerzas Armadas se habrían visto en la necesidad de intervenir, a solicitud de la mayor parte de la nación, con el fin de imponer por las armas la única solución posible: la deposición del Presidente Allende y el aniquilamiento de sus sostenedores. En suma, se trataría de una lucha entre chilenos: la mayor parte de ellos apoyados por las Fuerzas Armadas con afán de restablecer un Estado de Derecho; el resto, una minoría desafiada, responsable de todos los males sufridos y perennemente en su propósito de acabar con todos los valores que Chile logró acumular a lo largo de su vida independiente.

Basta plantear así los hechos para caer en cuenta, de inmediato, que se está escurriendo una parte considerable de la verdad. Se presentan dos fuerzas en pugna siendo que, a lo menos, ellas fueron tres, pues hay que agregar la injerencia del gobierno de Nixon y Kissinger, los cuales están confesos de haber colaborado con los opositores de Allende no sólo con dinero, sino también con armas y con planes destinados a alcanzar la destitución con la máxima refinada técnica. No tenemos, ahora, la posibilidad de señalar acuciosamente la documentación comprobatoria de lo que acabamos de esbozar; no obstante, basta con aludir a los documentos de la I.T.V., al proceso por asesinato del general Schneider y a los flujos de las diversas comisiones del Senado norteamericano, entre muchos antecedentes que permitirían demostrarlo. La impronta de la CIA y de otras organizaciones secretas norteamericanas aparece en la "masaría de las caecolías" organizada por un anónimo "poder femenino" (que hoy vuelve a sacar cabeza), la huelga de los camioneros, el falso plan Zeta y tantos otros mecanismos aplicados o empujados en Chile. La instrucción de Nixon sobre las "dos pistas" de acción, una de las cuales era la suya y dentro de la

La verdadera mayoría

08/15/87 EDUARDO NOVOA MONREAL 116

Lo que interesa precisar no es el número de chilenos que entonces aprobó el golpe militar, sino el hecho de que quienes lo apoyaron originalmente fueron engañados.



cual se permitía todo, incluso el asesinato, son datos insoslayables.

Tan tegados estaban los satélites opositores a Allende que, al parecer, no repararon en que ese caos tan terroríficamente descrito, involucrando la caída general de la producción, el desabastecimiento total de productos básicos y las largas colas ante los almacenes, desapareció como por encanto a pocos días del golpe militar. En efecto, dentro de los 5 o 6 días iniciales, un militar de alta graduación (¿Mord?) invitaba a la población a reabastecerse, porque las cantineras, vaciadas a propósito en los días anteriores, se habían repositado plenamente.

Todo esto fue puesto por obra bajo la sacoría o dirección norteamericana. Estados Unidos había jurado venganza por la nacionalización del cobre, no obstante haber sido aprobada ésta por la unanimidad del Parlamento chileno. Con su enorme poderío económico lograron "hacer callar" a la economía chilena (tal como lo había anunciado Nixon el 15 de septiembre de 1970).

El golpe militar encabezado por el general Pinochet no se resolvió, pues, en una oposición violenta entre los partidarios y opositores chilenos de Allende. Es necesario darle su lugar correspondiente al ataque virulento y efectivo, de desestabilización y económico que, a través de muchas manifestaciones, fue obra del gobierno más poderoso (podría agregarse y menos escrupulosos) de la tierra en la historia contemporánea.

Pero tampoco queda resuelto el golpe con lo que se acaba de expresar. Hay un vasto sector nacional opositor a Allende que juega un papel inconsciente que lo diferencia de los otros a los cuales se suma. Se trata de una gran masa independiente o de adscripción democrática-cristiana que fue engañada por los agentes norteamericanos y por los chilenos que constituyen la derecha económica. Estos últimos sabían que la desorganización económica era producto de un plan concertado con aquellos agentes, pero en sus bodegas se hallaban las sacacorchos que los otros buscaban con desesperación; sabían, también, que era mentira la depolítica inventada por los confabulados con tales agentes norteamericanos.

Esto significa que es necesario considerar la intervención de cuatro grupos diversos: quienes apoyaban a Allende (el 44 por ciento de los chilenos en marzo de 1973); las agencias clandestinas norteamericanas; quienes se oponían a Allende engañados y sin saber que su actitud iba a servir al éxito de los planes de Nixon, y la derecha económica chilena, aliada con los agentes norteamericanos y directa beneficiaria de todos los planes.

Esta es la razón por la cual son deplorables las palabras del presidente del Senado, Gabriel Valdés, dadas a conocer el 30 de septiembre último, cuando afirma que la mayoría de los chilenos apoyó el golpe militar. Al hacer esta afirmación calla que un importante sector de su propio partido captó cabalmente el alcance de los hechos y se dio cuenta que se iniciaba una oprobiosa dictadura. Allí están las firmas de Bernardo Leighton, Andrés Aylwin y de varios otros.

Con estas consideraciones hemos alcanzado el meollo del asunto: lo que verdaderamente interesa desde el punto de vista histórico no es precisar el número de chilenos que entonces aprobaron o celebraron el golpe militar, sino el hecho de que quienes apoyaron originalmente el golpe fueron engañados, por lo que permitieron que pronto se regularizara un régimen democrático, que serían respetados los derechos de los trabajadores, que permitirían en Chile los valores y principios propios de las naciones civilizadas y que el país volvería a su cauce institucional. Si esta parte de los chilenos hubiera sabido que el 11 de septiembre se iniciaba en Chile una etapa en la que se esclafaban todas las libertades, en que la vida del ser humano sería degradada y en que durante 17 años la vida del país dependería del arbitrio de uno o, cuando más, de cuatro señores que habían alcanzado el poder con la fuerza de las armas, jamás habrían aprobado el golpe.

El mismo hecho de que en el plebiscito y en la elección presidencial lo decisivo fuera, ante todo, recuperar los valores democráticos, demuestra que, abandonado aquel error, la gran mayoría de los chilenos votó en contra de quien comandó el golpe militar.

Cuando una opinión se arroja bajo el imperio de un error decimoniano, la voluntad humana se vicia y no puede ser tomada como válida. En consecuencia, en el juicio de entonces aceptaron el golpe sin cual coacción de los verdaderos propósitos de éste, la voluntad humana se vicia y pierde toda validez.

En este juego de mayorías, fabrican la verdad quienes prescinden de razones como las expuestas.

La verdadera mayoría [artículo] Eduardo Novoa Monreal.

AUTORÍA

Novoa Monreal, Eduardo, 1916-2006

FECHA DE PUBLICACIÓN

1990

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

La verdadera mayoría [artículo] Eduardo Novoa Monreal.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile